

AGUILAR

➡ Hemos llegado a un punto crítico si los políticos son las principales causas del desorden y la anomia.

La anómala normalidad

LUIS F. AGUILAR

Somos realmente difíciles, nada nos parece ni nos satisface ni deja contentos, y a lo mejor tenemos razón. A nadie pudo haber gustado la emergencia sanitaria de las semanas pasadas, sumidos en preocupaciones, aislamiento y miedos, pero tampoco gusta la normalidad de vida a la que apenas hemos regresado. Dicho con tono pesimista, parece que son numerosos los ciudadanos que no aprecian el país ni en condiciones de contingencia ni en condiciones de normalidad, ni en las malas ni en las buenas.

La normalidad social que se conoce, se vive y a la que se regresa es considerada defectuosa, deformada, envenenada, anormal en muchos campos, como el de la seguridad pública, el laboral, el ambiental, el educativo, el productivo, etcétera, mientras en las situaciones anormales, cuando la vida asociada y personal se ve amenazada, el gobierno y la sociedad se vuelven excepcionales, muestran un comportamiento ejemplar, organizados, eficientes, disciplinados, solidarios. Nuestro proyecto nacional (como nos gusta decir) debería consistir en lograr que el comportamiento que practican el gobierno, la administración pública y la sociedad económica y civil durante las angustiantes contingencias se vuelva el comportamiento normal, la norma de nuestras actividades cotidianas: desde lavarse las manos con frecuencia, tener limpios los baños de las escuelas y no tirar los cubrebocas y la basura donde se nos pegue la gana hasta disponer de servicios públicos educativos y sanitarios de alta calidad, opinión pública mejor informada al emitir sus juicios soberanos y, sobre todo, contar con una clase política que sea

capaz de edificar una vida social regular, normada, ordenada, en vez de exhibirse como un monumento a la anomia y a la degradación del espíritu público.

Sobran argumentos y evidencias a los críticos de nuestra normalidad social, a la que se nos invitó a regresar después del riesgo de la epidemia, pues es notoria su anomalía, la ausencia o el incumplimiento de las normas y la impunidad cuando ocurre la infracción. Paradójicamente los que en la crisis son los campeones en establecer y respetar normas de salud y de convivencia suelen olvidar o incumplir las normas jurídicas, morales, técnicas, apenas regresan a la vida normal. Este país está estructurado al revés, pues lo normal es desobedecer las normas de varios tipos, mientras lo anormal es obedecer normas, seguir prescripciones, respetar prohibiciones y observar estándares técnicos de calidad y eficiencia. El resultado de nuestra desafección hacia las normas jurídicas, éticas, metodológicas y técnicas es la criminalidad, el abuso, la desorganización, la improvisación, la credulidad, la disposición a lo sucedáneo, la ineficiencia, el ahí se va. Una sociedad sin reglas no tiene futuro, no va a ningún lado. Más aún no hay sociedad, no digamos sociedad próspera y vivible, que no se esmere en cuidar la observancia de normas, reglamentos, estándares, especificaciones. Por eso, no hay sociedad sin Estado (normativo y coactivo).

Lo peor es que la anomia se encuentra arraigada no sólo en la sociedad, sino en la política misma. El espectáculo político de la semana pasada, con libros y entrevistas insufribles por su cinismo, su frivolidad y su desvergüenza, deja en claro cómo la anomalía, la corrupción y la

impunidad constituyen la segunda naturaleza de la mayor parte de nuestros políticos, no obstante que, por definición prescriptiva, deberían ser justamente los normalizadores, los reguladores, los legisladores de la vida social y los que imparcialmente sancionan la infracción de las reglas y persiguen implacablemente los delitos. Después de presenciar una vez más, la semana pasada, la suciedad de la élite de priistas, panistas y perredistas hay que concluir que el asunto crítico del país es su clase política. Si el Estado, que es el regulador y normalizador de la sociedad (y de los mercados, como clama medio mundo mexicano), está en manos de dirigentes anómicos e infractores, ilegales (roban y se reparten dinero, negocian con el crimen, se chantajean...) hemos llegado a un nivel de descomposición social alarmante.

A pesar de las campañas electorales rugientes, los



Continúa en siguiente hoja

Fecha 20.05.2009	Sección Primera - Opinión	Página 12
---------------------	------------------------------	--------------

priistas han dejado de ser el problema político central, que ahora se ha extendido e incluye a la élite política en su conjunto, nada menos que a los dirigentes del Estado mexicano. ¿Cuál podría ser la solución para el problema de nuestra anómala normalidad política? Frente a la anomalía del sistema priista se consideró que la solución era la transición democrática. ¿Cuál es ahora la solución para una élite democrática anómica? Intelectualmente se repetirá el lu-

gar común de que las elecciones democráticas son el proceso que hace posible librarse pacíficamente de los dirigentes incompetentes y nocivos. En el mundo real no hay tal posibilidad si no hay ciudadanía educada, si las campañas son vacías y si los partidos tienen el control del proceso. Ésta es nuestra anómala normalidad política.